



Es repentino y bienhechor el descubrimiento que el público chileno hace hoy de la novela hispanoamericana. Hasta ahora sólo una minoría de críticos nacionales o de lectores varones frecuentaba las obras de Carpentier, Rulfo, Cortázar o Vargas Llosa. Hoy se divulgan con creciente fortuna en el país. Y sospecho que otro tanto empieza a ocurrir en el interior de los demás países latinoamericanos, en una promisorio caída de las fronteras literarias. Grandes encuentros nos depara esta circunstancia.

Resulta extraño pensar que hemos sido vecinos de una novelística tan rica y variada como la argentina, sin percatarnos apenas del hecho. De allí la sorpresa de habernos con ella de golpe, al menos, ¡ay!, para los ignorantes que poco sabíamos de ella; una sorpresa que tiene algo de deslumbrante por venir de tan cerca y estar por tierra tantos prejuicios. Es tal vez para repararlos en carne propia, y con la paciente complicidad del lector, que hablará de Julio Cortázar, ese extraordinario novelista rioplatense que es capaz de escribir un primer libro como "Los premios".

Esta novela, a la que han seguido otras de no menor interés, nos llega ahora en su tercera edición argentina, habiendo sido, entretanto, traducida al francés, italiano, alemán e inglés. Pocas veces es dado leer una novela primeriza de tal intensidad y maestría.

La trama es de una astucia sencilla. Los fortuitos ganadores de una lotería turística, una veintena de bonaerenses de variada extracción, se embarcan en el crucero que constituye el premio del sorteo. La descripción de los tipos humanos, tomados del rico muestrario porteño, es magistral, y la navegación no parece sino la oportunidad que el autor se ha dado para realizar un finísimo trabajo literario de psicología social.

Sin embargo, de un modo impalpable al comienzo, en un seguro "erescendo" después, pronto nos encontramos sumidos en un clima de pesadilla. El enigma nos envolverá hasta la última página, y aun entonces no se disolverá. Porque la popa del barco es zona prohibida; el rumbo, desconocido; la oficialidad, invisible. El lector y algunos pasajeros se preguntan qué designio misterioso actúa tras los hilos administrativos; si se trata de un problema metafísico, policíaco o, incluso, si existe algún problema, pues todo pasa dentro de la normalidad más burocrática.

No obstante, nada hay que evoque una narración surrealista. El misterio es más sutil que una imaginaria desatada. Tampoco se trata de un buque fantasma. Lo fantástico es exorcizado por una verosimilitud extrema, tejida por el juego de los caracteres, los contrastes sociales, y las pugnas entre el partido de la paz y los más lúcidos, que se rebelan contra el absurdo. ¿Alegoría política o moral? El autor lo niega. Y en verdad, el enigma no se resuelve en símbolos: es propiamente metafísico.

El núcleo de la novela es la fascinación del misterio que envuelve vidas y sucesos del todo cotidianos. Personajes vulgares, intencionalmente vulgares y descritos con un espléndido realismo, se mueven en una atmósfera saturada del misterio más kafkiano. Uno se pregunta cómo es posible, con materiales tan inofensivos y naturales, crear un mundo tan extraño y alucinado.

No digo absurdo, porque la costumbre existencialista nos haría pensar en lo absurdo como una positiva y dramática carencia de sentido. Y aquí, de un modo más cercano a Kafka que a Sartre o Camus, el sentido existe pero está transferido a esferas remotas —como el castillo—, a invisibles manos que manejan los hilos. Incluso

Kafka es de algún modo superado, pues aquí la irracionalidad de la atmósfera no alcanza al propio autor, que permanece fuera, libre para narrar con el mayor realismo la apariencia más inofensiva.

Misterio, más que absurdo. Misterio, también, más que problema, si recurrimos a la celebre distinción de G. Marcel. El problema de novela policíaca puede ser un complicado rompecabezas, pero a la postre no tiene nada de misterioso. Y aquí lo detectivesco, la aventura, el acertijo, presentes sin duda, juegan un papel del todo instrumental. Lo decisivo es la tiniebla desconocida que envuelve la realidad cotidiana, casi la sensación física del misterio que se cierne sobre la banalidad de la vida.

Personalmente, un solo reproche formularía a esta novela. Me parece que el autor juega con los sentimientos del lector cuando, después de haberlo inducido a una adhesión plena hacia Raúl, personaje central, éste resulta —ya bien entrada la novela— homosexual y corruptor de menores, con todo un pasado y una configuración mental en ese sentido. Un elemento tardíamente revelado modifica en profundidad nuestra relación con un personaje del que creíamos haber todo, todo lo que el propio novelista sabía y lo que era importante saber de él, como de los demás personajes. El autor está en su derecho, pero la propia estructura de la obra no consentía este ocultamiento.

De cualquier modo, ese factor no alcanza a oscurecer la impresión global de encontrarnos ante una magnífica novela. Tan lograda, que nos hace preguntarnos, más bien nostálgicamente, cuál de nuestros valores jóvenes podría exhibir semejante capacidad de crear ambientes, situaciones y personas, o tan extraño poder de situarnos en mitad del misterio.

Ignacio Valente

Julio Cortázar: "Los premios" [artículo] Ignacio Valente.

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1966

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Cortázar: "los premios" [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile